



Coronel CAMILO RIAÑO

# SEMBLANZA MILITAR

## DE LA

# CAMPAÑA DEL PERU

Discurso pronunciado en la Academia Colombiana de Historia el día 9 de diciembre de 1974 por el Académico de Número, Coronel CAMILO RIAÑO, con motivo del Sesquicentenario de la Batalla de Ayacucho.

"A estos trofeos que el Ejército tributa, como resultado de sus trabajos, al Gobierno de su Patria, añade el noble orgullo de asegurarle que han desaparecido los enemigos que oprimían la tierra de Manco Cápac, y que desde Ayacucho a Tupiza se han humillado veinticinco generales españoles, mil cien jefes y oficiales, y dieciocho mil soldados, en el campo de batalla y en las guarniciones; y redimido del poder de los tiranos un terreno de cuatrocientas leguas y dos millones de habitantes que bendicen a Colombia por los bienes de la paz, de la libertad y de la victoria con que los ha favorecido".

Espléndido mensaje es este con el que el vencedor en Ayacucho, el Gran Mariscal don Antonio José de Sucre, envía desde Potosí, el 19 de abril de 1825, al Gobierno de Colombia, el estandarte real de Castilla, que tres siglos atrás ondeara victorioso en el Cuzco en manos de ese gran paladín, don Francisco Pizarro y que luce como la pieza más preciada de nuestro Museo Nacional, y cuatro pendones reales cuya posesión por sí sola simbolizan la magnificencia de la victoria que hoy, ciento cincuenta años después de lograda, estamos conmemorando con el mismo entusiasmo de quienes lidiaron en la gesta gloriosa. La Academia Colombiana de Historia, La Sociedad Bolivariana de Colombia, nuestras Fuerzas Militares y la nación entera se regocijan al conmemorar la extraordinaria efemérides en el ambiente de libertad y de ejercicio democrático que hicieran posibles

los esfuerzos de quienes sacrificándolo todo consolidaron el establecimiento de la soberanía popular en nuestras patrias americanas, que hoy más que nunca buscan realizar el ideal de unidad que nos legaran los libertadores, como única garantía de supervivencia política en un mundo convulsionado en donde el poder de los grandes países se agiganta frente al continuado debilitamiento de los pequeños.

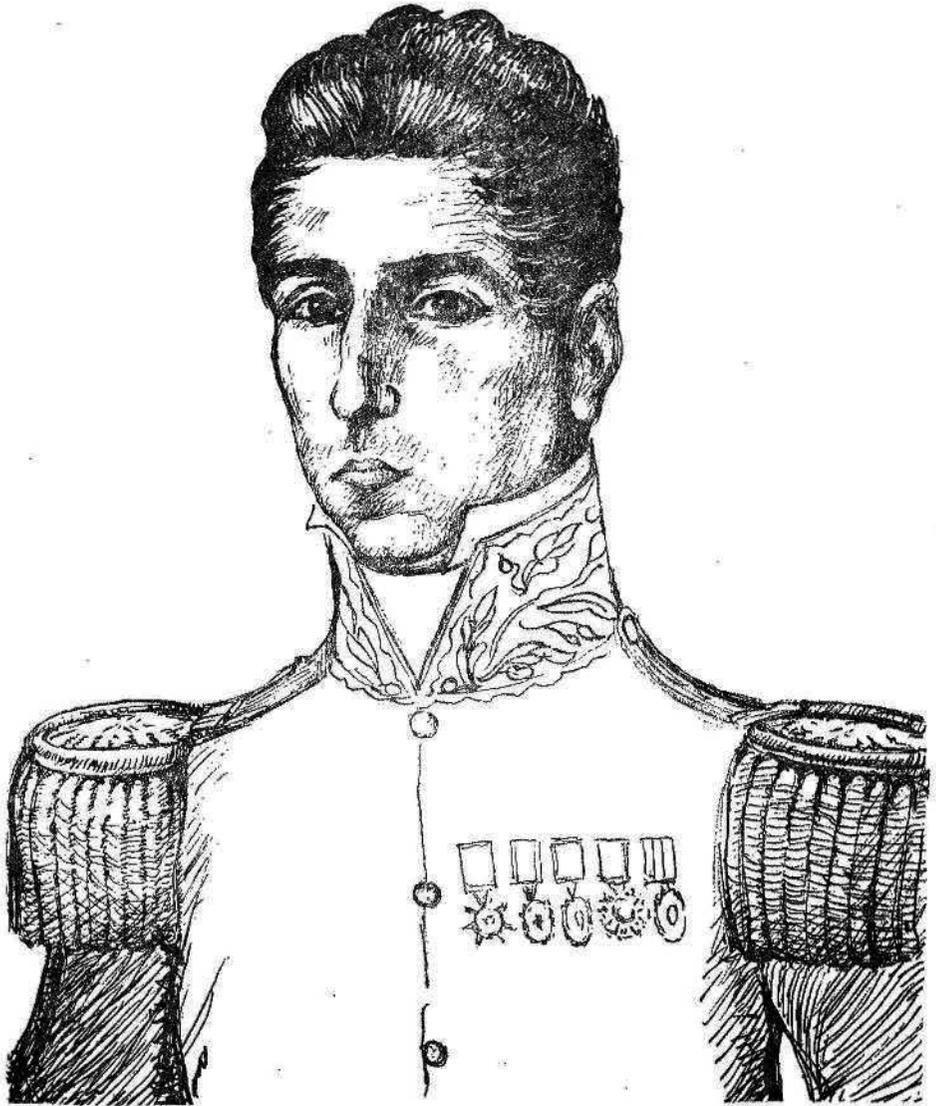
Ayacucho no es solamente una de las tantas y grandes batallas que regaron con sangre heroica el suelo americano. Ayacucho es el epílogo grandioso, el sello definitivo de la Independencia hispanoamericana y la resultante de la concepción estratégica de ese campeador genial que desde las playas de Cartagena concibiera, en 1812, el desarrollo de la empresa colosal y titánica de dar libertad a un pueblo que llegado a su mayoría de edad concebía la soberanía nacional como norma de existencia política en el futuro.

Pero si Ayacucho es el epílogo, Boyacá es el proemio; porque la gran batalla conque concluyera el extraordinario movimiento estratégico desde los Llanos del Apure y de Casanare para destruir definitivamente el dominio colonial en la Nueva Granada es el comienzo del fin, es el cambio total en los resultados parciales de la gran empresa bélica, es la consolidación definitiva de la autoridad del caudillo insigne, es el golpe mortal al gran Ejército Expedicionario español que defendiera con tanto valor y bizarría los intereses de su soberano en el Nuevo Mundo. Ya había profetizado

el desenlace el ilustre don Pablo Morillo a su rey: "Esta desgraciada acción entrega a los rebeldes además del Nuevo Reino de Granada, muchos puertos en el Mar del Sur, donde se acogerán sus piratas; Popayán, Quito, Pasto y todo el interior de este continente hasta el Perú en que no hay ni un soldado, quedan a merced del que domina en Santafé", porque como el mismo lo decía: "El Virreinato es el centro de la América, poblado más que el Perú y con recursos para llevar la guerra. Su colocación le da facultad para establecer un sistema de operaciones que abrace a todas partes y una de estas es la dirección, marcha y colocación de tropas como reserva. Méjico y, en especial el Perú, pueden prontamente recibir por aquí los auxilios que con previsión la Metrópoli haya acumulado".

Pero si Bolívar es genial en sus concepciones estratégicas y políticas no lo es menos en el conocimiento de los hombres y en la asignación de las responsabilidades como a cóautores de la victoria. La historia da fe al admirar el acierto del nombramiento de Santander como Vice-Presidente de la Nueva Granada, cargo confirmado por el Congreso al investirlo como Vicepresidente de Colombia y, más tarde, el de Sucre como Comandante del Ejército Unido Libertador del Perú. La trilogía del Hombre de las Dificultades, del Hombre de las Leyes y del Hombre de la Guerra serán la clave del éxito en la epopeya bolivariana.

La guerra continúa con el signo de la victoria que se ha enseñoreado en



los pendones de nuestros batallones vencedores en Boyacá. El suelo granadino va libertándose con el esfuerzo de sus hijos que expulsan a sus opresores en campañas fulgurantes. Córdova, Maza, París, Ricaurte, Cai-

cedo golpean a las fuerzas españolas mientras muchos reclutas granadinos de los nuevos batallones marchan hombro a hombro con los veteranos para cubrirse de gloria en Carabobo y libertar a Venezuela.

Es el año de 1821 y ya Bolívar ha logrado dar independencia a su patria, entrar de nuevo triunfante en su ciudad natal y hacer realidad el sueño acariciado de constituir a Colombia. Ahora su vitalidad creadora lo impulsa a lanzarse hacia el sur para libertar a Quito y colaborar en la empresa en que se halla empeñado ese otro libertador, don José de San Martín. Bomboná agrega una estrella a su prestigio heroico y el triunfo de Sucre en Pichincha, el 24 de mayo de 1822, otro altar a su gloria militar. "Antes de Pichincha, dice Mitre, Bolívar triunfante en el norte era el más fuerte: después de Pichincha, era el árbitro y podía dictar sus condiciones de auxilio al sur. San Martín se hacía ilusión al pensar que era todavía uno de los árbitros de América del Sur, y al contar que Bolívar compartiría con él su poderío político y militar, y que ambos arreglarían en una conferencia los destinos de las nuevas naciones por ellos emancipadas, una vez terminada por el común acuerdo la guerra del Perú como había terminado la de Quito. Sin más plan y con bagaje tan liviano, se lanzó a la aventura de su entrevista con el Libertador, que debía decidir de su destino, paralizando su carrera. Si alguna vez un propósito internacional, librado a eventualidades futuras, fue claramente formulado, ha sido éste; y si alguna vez se comprometieron declaraciones más avanzadas de orden trascendental sobre bases más vagas fue también en ésta".

La situación de San Martín en el Perú no podía ser más difícil y por

lo tanto sus probabilidades de éxito totalmente inciertas. Lima ejerció en él el mismo espejismo que Caracas en Bolívar hasta 1819. Dueño de la capital y con pleno dominio del mar se aferró a la costa donde destacó débiles columnas al interior sin tomar una decisión militar que lo llevara a empeñar la batalla decisiva que le permitiera obtener el éxito militar necesario para lograr la independencia total y definitiva del Perú, facilitando con esto al Ejército Realista tiempo y terreno para su organización y para la preparación de su defensa. La derrota de su subalterno don Domingo Tristán en Ica, su enemistad con Lord Cocharane y su inacción durante la campaña causó tal malestar en el ejército que lo obligó después de su entrevista con Bolívar a resignar el mando y a expatriarse voluntariamente perdiendo América sus invaluable servicios para la independencia y para la organización de sus gobiernos.

Decidida la participación de Colombia en la libertad del Perú que Bolívar había vislumbrado desde 1819, zarpó del puerto de Puná en los primeros días del mes de agosto de 1822 la primera fuerza expedicionaria colombiana al mando del general Jacinto Lara. Problemas administrativos con el gobierno peruano obligaron al por entonces Comandante de la División, general Juan Paz del Castillo a regresar con todas sus tropas, inclusive el Voltígeros, a Guayaquil en el mes de febrero de 1823.

Pero Bolívar no abandona la idea de tomar sobre sus hombros el com-

plejo problema de la independencia del Perú. Prepara inmediatamente una División de 4.900 hombres a órdenes del general Manuel Valdés, compuesta por los batallones Vencedores en Boyacá, Pichincha, Rifles de Bomboná, Bogotá, Escuadrón de Húsares y Escuadrón de Granaderos para que marche al Perú y designa a Sucre para que con el cargo de enviado ante el gobierno de Riva Agüero se encargue de los asuntos entre el Ejército auxiliar colombiano y el Gobierno, misión diplomática y militar de difícil ejecución. Empieza entonces el gran esfuerzo logístico de Colombia y en particular de la Nueva Granada para atender las necesidades de tropas, de relevos y de abastecimientos para esa campaña, esfuerzo sin igual para un país exhausto, aún en guerra por el norte, exigido en hombres y en recursos por patriotas y realistas y cansado, después de trece años de guerra sin cuartel, con una economía destruída en campos y ciudades y con pocas probabilidades de éxito en las gestiones de empréstito externo. Sólo la afortunada circunstancia de encontrarse el general Francisco de Paula Santander al frente del gobierno aseguraba el apoyo de Colombia a las operaciones militares desarrolladas por el Genio de la Guerra en un país dominado en su mayoría por los realistas y con un pueblo no decidido totalmente por la causa de la independencia. "...No es fácil, dice al Libertador el Secretario de Guerra de Colombia, don Alejandro Osorio, en oficio de fecha 30 de julio de 1823, ante los insistentes requerimientos en hombres, armamen-

tos y municiones, decidir cual de las partes de esta nota (la del 3 del presente) ha causado más pena al gobierno. Si US. recorre mi correspondencia desde principio del año anterior, hallará en toda ella, y especialmente en el oficio de S.E. el Vice-Presidente, fecha de 5 de junio de 1822, y en los míos de 5, 7 y 21 de marzo del mismo año, 6 de febrero y 6 de abril del presente, la embarazosa situación en que se halla el gobierno para satisfacer a tan urgentes demandas. Yo he demostrado a US. que no es posible disponer de un número tan considerable de hombres, sin comprometer la seguridad de todo el norte de la república mientras que tengamos que lidiar con los restos del Ejército Español y mientras que éste, por medio de su escuadra, amenace todas nuestras costas. Pero dado que fuese posible tomar de repente los tres mil hombres en la costa, y suponiendo también que este reclutamiento no produjese disgustos, alborotos u otros desórdenes, yo he dicho que el gobierno no tiene los medios necesarios para transportarlos al Istmo y hacerlos pasar a Guayaquil... Con respecto a los fusiles que se piden en número de seis mil y a la pólvora y plomo, debo hacer presente la necesidad general que hay de estos objetos en toda la República. Todavía no se han podido reemplazar los dos mil que se sacaron del Istmo para cubrir las anteriores demandas de S.E. el Libertador. Es absolutamente imposible que el gobierno pueda desprenderse de este armamento mientras no lleguen diez mil fusiles que se contrataron desde el

año pasado y aún se están esperando. Entre tanto se han mandado remitir de Cartagena mil, que son los únicos sobrantes que hay en aquel importante departamento. En cuanto a pólvora y plomo, se han enviado ya trescientos quintales de cada uno de estos objetos y se completarán hasta cuatrocientos a lo más”.

El 1º de septiembre de 1823 es día de expectativa en el puerto del Callao. Lima espera al Libertador de Colombia quien arriba en las primeras horas a bordo del bergantín de guerra Chimborazo después de múltiples negociaciones que ha tenido necesidad de realizar no solamente con el Gobierno Peruano sino ante el Cuerpo Legislativo de Colombia. La ciudad lo recibe con alborozo pero los problemas militares embargan su atención. Es necesario adelantarse operativamente a las fuerzas españolas que al mando del Teniente General Laserna, Virrey del Perú, y de sus generales esperan batir al Ejército Patriota antes de que haya logrado efectuar su concentración. La situación política es extremadamente delicada por las disensiones intestinas entre Riva Agüero y el Congreso que ponen en peligro la causa patriota. Pero Bolívar es el Hombre de las Dificultades. Entre aquella efervescencia de odios encontrados sabe dar el golpe certero a sus nuevos enemigos, imponer su autoridad y alistar el ejército para entrar en campaña.

Trujillo es ahora el centro de sus operaciones militares. Todo es allí trabajo incesante, planeamiento concienzudo y esperanzas de éxito. Bolí-

var se multiplica y ese entusiasmo febril contagia a sus tenientes y a sus tropas. El Libertador cae gravemente enfermo en Pativilca pero desde su lecho de enfermo activa enérgicamente la organización del ejército. Manda que el Vargas se traslade a Cajatambo y que dos batallones argentinos ocupen el Callao y ante la pregunta de don Joaquín Mosquera sobre sus planes para el futuro contesta decididamente: ¡Triunfar!

La actitud estratégica por tomar es en este momento la más grave de las decisiones del Comandante en Jefe. Por un lado, su intención es la de colocarse a la defensiva en vista de la superioridad enemiga y en espera de los refuerzos de Colombia, en tanto que el general Sucre es partidario de jugar el todo por el todo habida consideración de la heterogeneidad del Ejército que dificulta el comando y por el temor de que los españoles aúnen los refuerzos peruanos, mediante una campaña psicológica, contra las tropas colombianas. El Libertador decide la defensiva en el campo estratégico y la ofensiva en el táctico mediante el constante reconocimiento en fuerza de su caballería en la cordillera y valles inter-andinos.

La asombrosa actividad de Bolívar y la decidida colaboración de sus subalternos han colocado en pie de guerra el Ejército Unido Libertador del Perú cuya capacidad combativa se pone de manifiesto en su alto grado de instrucción y disciplina. Su fuerza en marzo de 1824 asciende a nueve mil hombres organizados en dos divisiones colombianas al mando de los generales

José María Córdova, la primera y Jacinto Lara, la segunda, una división peruana al del general José de La Mar y fuerzas de caballería de Colombia, de la Argentina y del Perú al del general argentino Mariano Necochea. Brillante pié de fuerza ofrecen los Batallones de la Guardia Colombiana Bogotá, Pichincha, Rifles, Voltígeros, Vencedor y Vargas y la caballería al mando del temible lancero el coronel Lucas Carvajal.

La grave querrela entre Laserna y Olañeta decide al Libertador a cambiar su actitud estratégica e iniciar la ofensiva para obligar al general Canterac a abandonar el Valle de Jauja. Es el 12 de abril de 1824. Después de una fructuosa permanencia de 36 días en Trujillo, Bolívar va en busca del enemigo para arrebatárle las ricas provincias de que se halla posesionado. Toma la iniciativa y recupera su libertad de acción. "Bolívar, comenta el notable historiador general Carlos Cortés Vargas, había comprendido desde antes de llegar al Perú que en la Sierra demoraba el poderío español y allí se dirigía ahora para arrancárselo. Este concepto estratégico, esta sabia apreciación del terreno, fue lo que constituyó la diferencia entre los dos generales: San Martín y Bolívar. Ya vimos al primero aletargado en la metrópoli, enviando a guerrear a sus tenientes, preocupado por organizar un gobierno en un país dominado por el enemigo, fiando en la intriga (como en la entrega del Callao), más que en las armas, desde que dejó ir de las manos al general Canterac, pretendiendo anexar a Guayaquil para

recuperar prestigio, en vez de arrebatár al común enemigo tantas tierras y ciudades que ocupaba; y por último abandonar la empresa acometida. Y al segundo si bien al frente de un ejército bien organizado, luchando con las mil trabas que los gobiernos del Perú le opusieron y logrando desprenderse del soporífero ambiente de Lima, la guerra al verdadero teatro de ella".

El Ejército Unido Libertador del Perú se encontraba a finales de abril concentrado en dos grandes núcleos: las dos divisiones colombianas en el Valle de Huailas y el ejército del Perú en la Provincia de Cajamarca. Quizá una actitud ofensiva hubiera permitido a Canterac batirlo por líneas interiores pero en audaz movimiento, los cuerpos colombianos trasmontan la helada cordillera en dirección a Huámaco durante el mes de junio y primeros días de julio. Su dirección es el cerro de Pasco para batir en Jauja al realista. Canterac sale al encuentro de Bolívar con sus brillantes escuadrones en la pampa de Junín. Aquel choque homérico recuerda la lucha del Pantano de Vargas. La caballería patriota acostumbrada a vencer en mil combates da buena cuenta del enemigo y en un lidiar de lanzas logra la victoria, el 6 de agosto de 1824. Canterac abandona el campo de combate y desde este momento, como Barrreiro cinco años atrás, espera una mejor concentración de sus fuerzas para comprometer la batalla decisiva. El realista abandona las Provincias de Talma, Jauja, Pampas, Huamanga, Cuzco, Andahuailas y Morocuchos hasta el Cuzco en una extensión de 150

leguas perdiendo entre muertos, heridos, prisioneros y dispersos tres mil hombres. El ejército patriota ocupa la Provincia de Jauja y continúa su marcha a Huamanga. Antes de llegar a la Villa de Huanta se le incorpora el segundo escuadrón de granaderos y el batallón Caracas llegados de Colombia al mando del Sargento Mayor Pedro Alcántara Herrán.

Bolívar decide volver a la costa y en Huancayo recibe la Ley del 28 de julio en la que el Congreso deroga las facultades extraordinarias de que se halla investido. Herido en su amor propio resigna el mando del Ejército en Sucre y se dirige a Lima no sin darle las instrucciones convenientes para la continuación de la campaña. Mientras el ejército marcha al Apurímac, Laserna concentra catorce mil hombres en el Cuzco y marcha sobre Sucre. La situación es desesperada. El Ejército Unido cuenta solamente con siete mil combatientes pero el gran estratega sabe contrarrestar con hábiles maniobras su inferioridad numérica para llevar a su enemigo al campo propicio en donde pueda librar la batalla decisiva que le ha recomendado el Libertador. Leves escaramuzas se realizan en Pampas y Bombón, Sucre cruza el río Pampas y ofrece batalla en Matará pero el realista rehusa comprometerse. El general español Valdés sorprende el paso de nuestras tropas en Corpahuaico pero el Rifles se cubre de gloria en la defensa del desfiladero mortal. Bolívar ordena a Sucre empeñar la batalla decisiva que rehusa Laserna, pero al fin, por hábiles maniobras lo obliga a aceptarla en el Campo de

Ayacucho el 9 de Diciembre. La posición no puede ser mejor escogida. El ejército español domina la elevación del Condorcunca en donde le es difícil presentar un ancho frente para facilitar la maniobra de sus unidades mientras la dimensión de la posición patriota en la llanura y en la base del cerro es apenas apropiada para su correcto despliegue. A las diez de la mañana se inicia la gran batalla que decide la suerte del Perú y el destino de América. El Virrey se encuentra a la ofensiva. Valdés inicia el ataque y rechaza las tropas peruanas que defienden la izquierda patriota. La Mar entra en acción con el grueso de su división, menos el número uno que está de reserva. Los nuestros llevan la peor parte. La división Monet que ocupa el centro realista aún no está en orden después del descenso. Sucre comprende que es el momento de romper el centro con la división Córdova y le ordena cargar rápidamente con sus columnas. El Coronel español Rubín de Celis cruza de uno a otro extremo con su batallón el campo de combate y se lanza sobre el flanco de la división La Mar. La falange colombiana compuesta de seis columnas en apretadas filas espera la orden de entrar en combate. Dada la gran palabra, dice el coronel López, y cargados nuestros hábiles tiradores hacia las baterías enemigas para despejarlas un tanto, el general Córdova recorrió a galope sus cuerpos haciendo a cada cual una arenga concisa y enérgica, sino esmerada. Con el Pichincha (que incluía su antiguo batallón) fue más expresivo; "contra infantería discipli-

nada no hay caballería que valga”, dijo señalando la muchedumbre de jinetes realistas; y poniéndose al centro como unos quince pasos adelante de sus columnas, les dió con arrogante acento aquella voz desconocida en la milicia y característica desde entonces del héroe que la inventó y de la famosa jornada que decidió con ella: “¡División!, ¡armas a discreción, de frente paso de vencedores!”.

“Imagínese la belleza de aquel general de veinticinco años en ese instante sublime, continúa el coronel López. Con su ligero uniforme azul, sin más galas que su juventud y su espada, agitando con la mano derecha su blanco sombrero de jipijapa y rigiendo con la izquierda el favorito castaño claro habituado por él a cabriolar y saltar, su rostro encendido como el de Apolo fulminaba el coraje de su alma, y sus palabras vibraron como rayos por entre aquel horizonte de pólvora y de truenos en que íbamos a envolvernos. Repetida por cada jefe de cuerpo la inspirada voz, la banda del Voltígeros, rompió el bambuco, aire nacional colombiano conque hacemos fiesta de la misma muerte; los soldados, ebrios de entusiasmo, se sintieron más que nunca invencibles; y entre frenéticos vivas a la libertad y al Libertador, que eran nuestro grito de guerra, avanzó rectamente esa cuádrupla legión de enconados leones, reprimida hacía casi dos horas por la diestra mano de su amo”.

Desde este momento la derrota del Ejército español se convierte en definitiva. Córdova arrolla a su paso la

División Villalobos, se apodera de las piezas de artillería y comienza cual avalancha la ascensión del Condorcunca sembrando terror y muerte a su paso. La División Valdés domina a la peruana cuando el Vargas llega en su apoyo. A pesar del valor de las tropas españolas el hálito de la derrota en las faldas del Condorcunca contagia a los gladiadores realistas. A la hora y media de refriega todo ha concluido y el dominio español en el Perú y en Sur América se ha extinguido para siempre.

Al terminar este somero discurrir por las incidencias de la campaña del Perú de 1824 que culminara gloriosamente en Ayacucho quiero rendir en nombre de la Academia Colombiana de Historia, de la Sociedad Bolivariana de Colombia y de las Fuerzas Militares un emocionado tributo de admiración al pueblo colombiano y a los de Venezuela y Ecuador que conformaron la gran patria libertadora por el heroico y silencioso esfuerzo que hizo posible la independencia de las naciones hermanas, Perú y Bolivia, y que siempre han estado dispuestos a ocurrir con su generoso concurso a todas las latitudes en donde la libertad se halle conculcada o el dolor aflija a la familia humana.

Loor a Bolívar, a Sucre y a sus guerreros que hicieron posible la gran epopeya.

Loor a Córdova que simbolizó el valor de los granadinos en su entrega total a la patria y a la causa de la libertad.